

Relatos San Valentín 2012



Susurros

Amaya Felices

Susurros

Relato San Valentín 2012

Amaya Felices

La luna brilla sobre la iglesia. La mujer está parada a una calle de distancia, observando el cielo nocturno con resquemor. Él lleva semanas seduciéndola por la red, citándola para que acuda a recibir el beso eterno. Sus palabras son suaves y oscuras como el terciopelo que parece rodearla en las tinieblas del verano, pero no se fía: tiene miedo. Al fin y al cabo, hasta hace poco jamás se habría atrevido a cuestionar la no existencia de los vampiros.

«¿Qué temes, milady?», sus palabras parecen susurrar en sus oídos, con la voz que ella les ha dado en esas largas noches cibernéticas, «¿que os muerda o que no lo haga? No deberíais dudar de mi palabra, pues soy un príncipe entre los míos».

La joven se estremece al recordarlo. No hay nada que más desee que él la haga suya para siempre. Pero el anhelo de verlo, de perderse en sus ojos, de tocar las blancas puntas de sus afilados colmillos, se pierde ante la duda. ¿Y si no es más que un tío raro que no pretende nada más que tirársela?

Comienza a balancear el peso de una pierna a otra, la minifalda negra que lleva oscilando con el movimiento de sus caderas. «Milady... sois única. Llevo siglos esperando encontrar a un alma tan pura como la vuestra. Venid a mí, por favor, no me hagáis sufrir mi soledad por más tiempo ya que la eternidad es dolorosa sin alguien a quien amar a mi lado». Vuelve a estremecerse pero esta vez recordando el placer que sintió al leer esas palabras. Se decide. Enérgica y veloz camina hacia la entrada de la iglesia.

Y en las sombras que la envuelven, unos ojos brillan fieros y un cuerpo masculino la sigue.

La puerta de la casa del Señor, justo bajo la cruz, se abre ante el leve contacto de su mano. Siente miedo, otra vez. Sabe que un ser que duerme en tumbas la espera dentro; su cercanía provoca una reacción visceral en su cuerpo que hace que desee dar media vuelta y echar a correr. Pero ella es más fuerte que todo eso así que sus pasos taconeán sobre las losas del suelo de la iglesia.

El altar con los bancos de madera la recibe. Ella pasa de largo, se dirige a un lateral, donde nacen las escaleras que descienden hacia la cripta. Baja y allí, entre reliquias, está el ser más arrebatador que jamás haya visto. Su amado tiene los cabellos largos y oscuros, la piel pálida y ojos profundos e hipnóticos. «Milady... ven», le susurran sus labios carmesíes. Y ella, sonriendo, avanza. Cuando llega ante él ladea la cabeza, le ofrece el cuello. Unos dedos finos arrancan la cadenita de plata que lo adorna y la arrojan al suelo. A continuación, su carencia de aliento se acerca a su piel y ella se emociona. Muy pronto estarán juntos para siempre.

Y justo entonces algo cae al suelo a su lado y él separa el rostro para mirarlo.

Tres cabezas están en el suelo, manchándolo de sangre. Sus rasgos son inhumanos, aberrantes, demoníacos. Y al pie de la escalera, bajando, está el camarero del ciber donde ella se conectaba. Era simpático, a veces incluso la había invitado al último café de la noche, ¿qué cojones hacía allí? ¿No se daba cuenta de que estaba arruinándole el día de su nacimiento a la Vida?

—Cazador... pecas de soberbia viniendo aquí. Habrás podido con ellos pero yo soy mucho más antiguo.

—Es posible —se encogió este de hombros—, pero a ella le prometí que no la dejaría morir.

«¿Que no me dejaría morir?», se extraña la joven. Algo quiere arañar en sus recuerdos pero no acaba de caer. ¿Es que ese tío va a pelear con su amado? ¿Es idiota?

El vampiro aparta a la chica del medio de un empujón, sin dejar de mirar a su oponente. Este sigue descendiendo las escaleras, los cuatro últimos peldaños de un salto, y queda justo delante del nosferatu. Le obsequia con una mueca indefinida y se lanza a por su pecho con una estaca que saca de debajo de su cazadora. El no-muerto, por supuesto, lo esquiva limpiamente. El cazador le tira algo a la chica e intenta zafarse de la garra con la que su adversario lo acaba de coger por el cuello, con sus dedos largos ahogándolo poco a poco. En medio de un ruido que suena demasiado fuerte la estaca cae al suelo. La chica coge la botella que le acaban de arrojar, extrañada, mientras siente un poco de pena por ese camarero tan amable pero idiota que va a convertirse en su cena de esta noche.

El vampiro parece disfrutar con cada arruga de dolor que cruza la cara de su adversario y se toma su tiempo en matarlo. El cazador sabe que no puede con él, al menos no solo. Por eso lo único que pretende es romper el hechizo que el nosferatu tiene sobre Miriam: abre la boca y escupe como puede las gotas de agua bendita que guardaba en ella. Tenía más trucos preparados, pero habrá de servir con ese. Y funciona, pues el vampiro, sorprendido por el súbito dolor y la quemazón sobre su mano, retira el sortilegio de encanto que había lanzado sobre ella. La joven se da cuenta de que es una mano esquelética la que casi mata al camarero y que esos cabellos oscuros son lo único hermoso del ser de rasgos descarnados que lo mira. Grita. Recuerda. Y le tira la botella.

Otra vez el líquido bendito cae sobre el vampiro, esta vez en todo el torso. El cazador no duda, saca otra estaca y se la clava en el corazón. Después una daga y le separa la cabeza del tronco. La joven frunce el ceño; no entiende lo que le ha pasado aunque sí que ha sido una idiota por creer demasiado en palabras bonitas. Le sonrío y da un paso hacia él.

—Gracias.

El chico la devora con los mismos ojos cálidos y preocupados que aquel día. Era tarde, la hora de cerrar, el local estaba vacío y habían estado charlando un rato. Ella le dijo su nombre y que había conocido a alguien por la red. Él echó un vistazo rápido a la pantalla del portátil y le aclaró solo una cosa. «Miriam, las palabras tienen el valor que les da la persona que las pronuncia. Ten cuidado y cree esto: No te dejaré morir». Ella se echó a reír, tomándose a broma; pero en esos momentos no había nada que desease más que salir de ese lugar de sombras del brazo del hombre que acababa de hacer exactamente lo que le había prometido. Y que la estaba mirando como si ella condensase la luz del mundo.

